

CARTA DE UN BUEY

Un caballero, que por haber sido largo tiempo diputado, entiendo perfectamente el lenguaje de los animales, nos envía para su publicación la siguiente carta que, según nos asegura, le dictó un buey de trabajo:

"Señor Director:

Por razones de carácter íntimo que no es del caso señalar, desempeño desde joven un puesto de buey en el fundo "Los Queltehues", con la ejemplar resignación que es propia de todo empleado.

No necesito decirle que soy sobrio y honesto. Me ha conforado siempre con el talaje que me dan, y las terneras jamás se han quitado el sueño. En cuanto a las vacas, las he mirado siempre con el respeto que merece toda señora casada, especialmente si es madre de familia. Sobre este punto puede preguntarle al toro, que aunque tiene un carácter irascible, sanadorado y pendenciero, nunca ~~aprovechó~~ el más leve desagrado conmigo.

Con mansedumbre ~~ciudadana~~ de inclinación la nuca a todo yugo - soy de raza chilena - ~~sin entrar a discutir las~~ aptitudes del que me amarra las coyundas. No es ~~escaparé~~ a su penetración, señor Director, que los bueyes vivimos desde tiempos inmemorial bajo un régimen de fuerza, contra el cual es inútil protestar. Que sea éste o aquel el carretero que nos unta a una carreta o a un arado, que cambie cada semana de capataz, que nos saque a trabajar un día un viejo, y al otro día un chiquillo, para nosotros viene a ser lo mismo. Ni nos sajan la comida, ni ~~x~~ libranos el cuero de los picanaxes.

El potrero de engorda tan tentador para los novillos inexpertos, no nos seduce en lo más mínimo. De sobra sabemos que esa jubilación - como todas las jubilaciones - es precursora de la muerte. Y nosotros - debe ser cuestión de raza - preferimos vivir hambrientos y enjugados, a correr el peligro de perder la vida.

En esta filosofía me he criado, señor Director, y en ella he vivido desde que tengo uso de razón, sin un mugido de protesta. Me parecía ese

orden de cosas, lo más natural del mundo.

Pero, he aquí, señor, que el Jueves llegó a estas tierras un joven boticario, que venía de Santiago a trabajar como colono y se puso a conversar con el capataz. Ignore si el farmacéutico que traía el proyecto de sembrar pastillas para los ~~los~~ y píldoras de quinina en la parcela que acaba <sup>de</sup> regalarle al Gobierno, sería o no muy animal; el caso es que le entendí perfectamente.

- Las cosas han cambiado por completo - le decía al capataz - La ideología moderna exige un ritmo más dinámico y sobre todo más acelerado en la marcha funcional de los equipos....

- ¡Me embromé; - pensé para mí pellego - creyendo que me iban a hacer andar al trote; pero el colono farmacéutico, explicó:

- El concepto agrícola debe depurarse de toda conexión con el "yo" íntimo para convertirse en un aporte altruista a la geometría de la evolución. El suelo es un sustituto monetario; la cebada un succinante de letras ex-tra-nacionales; y el trigo es una función social. De acuerdo con los modernos postulados, la propiedad ~~no~~ tiene dueño. La tierra no es del propietario, sino del que la trabaja.

Esto último se lo entendí bien claramente.

El capataz abrió tamaños ojos. Parecía no creerle; pero el farmacéutico volvió a repetirlo:

- Sí, mi amigo: La tierra es del que la trabaja.

Yo dí una coz de puro gusto. Crésmelo, señor Director: Por primera vez en mi vida de muy manso y explotado, veía abrirse un horizonte luminoso.

- Yo soy el que trabajo la tierra. La tierra, en consecuencia, será mía - me dije lleno de entusiasmo. Y, ante el concepto moderno de "animalización" de la propiedad agrícola, no pude reprimiras y reteniendo el paso para acercarme al hombre del arado, intenté darle una patada. ¿Con qué derecho seguía picaneándome, injuriándome, poniéndome sobrecabres y explotándome, a mí que soy el que trabaja, a mí que soy el dueño de la tierra? ¿No es ridículo que un labriego inculto, por no estar al tanto de la evolución social, se espante en aguijonear y en faltar al respeto al verdadero propietario del fundo?

Bués bién, señor Director, ¿sabe lo que hizo el bandido? Empezó a echarme maldiciones y me dejó el pellejo como harnero. Parece que el muy cretino no había comprendido una palabra de todo lo dicho por el farmacéutico.

En silencio y con paciencia - por algo soy buey - he esperado estos dos días con la esperanza de que las nuevas tendencias ideológicas se abran paso en el obtuso y rutinario cerebro del rústico; pero ya no soporto más. Por eso, aprovechando el concurso de un caballero de buena voluntad, me he decidido a escribirle esta carta.

Quiero saber a punto fijo en qué quedamos. ¿quién es el que trabaja realmente la tierra. ¿El buey, el labriego, el capataz o el dueño? ¿El que arrastra ~~el~~ el arado, el que esgrime la piqueta, el que vigila o el que dirige la explotación, saca las cuentas y los paga a los demás? Para mí, señor Director, todos trabajase; pero si la idea moderna es que ~~el~~ esfuerzo físico es lo único que vale, yo tengo mejor título que nadie para considerarme propietario. En ese caso no estoy dispuesto a soportar injusticias. Todas las excepciones son odiosas; pero, más que ésta que se hace con nosotros, los bueyes de trabajo, no hay ninguna.

Así se lo dije muy alto, anoche en el corral, a todos mis colegas.

Además, ha de saber usted, señor Director, que los bueyes estamos agrupados en rebaño, y, como somos analfabetos y no pertenecemos a ningún partido político, tenemos derecho, de acuerdo con las nuevas normas representativas, a ser oídos con preferencia a los demás.

Nuestra situación es insostenible y estamos dispuestos a todo.

Haga algo por nosotros, señor Director, y disponga de su enyugado

Ricafior  
(por la copia)

R.

24 de Julio de 1932.